

LUIS PÁSARA

LA ILUSIÓN DE UN PAÍS DISTINTO

CAMBIAR EL PERÚ: DE UNA GENERACIÓN A OTRA

José ALVARADO JESÚS Diana ÁVILA

Capítulo 31

Alberto DE BELAUNDE Salvador DEL
SOLAR Fernando EGUREN Alberto
GONZALES Álvaro HENZLER Max
HERNÁNDEZ Indira HUILCA Natalia
IGUIÑIZ Jimena LEDGARD Vania MASÍAS
Farid MATUK Jaime MONTOYA UGARTE
Abelardo OQUENDO Cecilia OVIEDO
Tania PARIONA Fernando ROSPIGLIOSI
Gerardo SARAVIA Cecilia TOVAR
SAMANEZ Paloma VALDEAVELLANO
Victoria VILLANUEVA Joseph ZÁRATE

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ
Centro Bibliográfico Nacional

985.004 I La ilusión de un país distinto: cambiar el Perú: de una generación a otra / [testimonios, Abelardo Oquendo, José Alvarado Jesús, Héctor Béjar ... et al.]; Luis Pásara, [entrevistas].-- 1a ed.-
- Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017 (Lima: Tarea Asociación Gráfica Educativa).

396 p.; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas.

D.L. 2017-07453

ISBN 978-612-317-274-9

1. Realidad peruana - Siglo XXI 2. Intelectuales - Perú - Entrevistas 3. Celebridades - Perú - Entrevistas 4. Problemas sociales - Perú 5. Participación política - Perú 6. Perú - Política y gobierno - Siglo XXI 7. Perú - Condiciones sociales - Siglo XXI 8. Perú - Condiciones económicas - Siglo XXI I. Oquendo, Abelardo, 1930- II. Alvarado Jesús, José III. Béjar Rivera, Héctor, 1935- IV. Pásara, Luis, 1944- V. Pontificia Universidad Católica del Perú

BNP: 2017-1864

La ilusión de un país distinto
Cambiar el Perú: de una generación a otra
© Luis Pásara, 2017

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
feditor@pucp.edu.pe
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2017
Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-07453
ISBN: 978-612-317-274-9
Registro del Proyecto Editorial: 31501361700693

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

MAURICIO DELGADO

«NO HAY OTRA FORMA DE VIVIR: CÓMO HACES
PARA VIVIR IGUAL, SABIENDO TODO LO QUE PASA
SIN HACER NADA».

No creo que haya un momento especial en el que decidiera unirme a alguna causa o me diera cuenta de que tengo un rol, una responsabilidad o una tarea. Es un proceso que empieza de muy chico, de adolescente, por cosas que uno lee, escucha o mira.

De adolescente, en el colegio, a los 16 años, tenía influencias musicales y de la literatura que encontré en la biblioteca de mi casa. Por ejemplo, nunca tuve necesidad de fotocopiar los *Siete Ensayos* de Mariátegui o de que alguien me prestara *La historia me absolverá* de Fidel Castro; los encontré en la biblioteca de mi casa. Eran cosas que leían en mi casa, de mis papás. Si bien nunca militaron, ellos son simpatizantes de la izquierda. Por ahí empieza. Después, mis influencias en la adolescencia están especialmente en la música. El *rock* estadounidense de los años noventa, el *punk rock* inglés, la movida *underground* aquí en el Perú en esos años. Me marca, sino una ideología, sí una mirada de la vida. Mi filiación política viene después, en la universidad.

En mi adolescencia tenía más claro qué cosas no quería, en contra de qué estaba, no hacia dónde debía ir o cuál era mi apuesta. Estaba en contra de muchas cosas. De adolescente leía más ficción que otra cosa. Leía mucho a Saramago, que me gustaba mucho. Mis referentes estaban, como dije, en la música alternativa pero, como todos los adolescentes contestatarios de mi época, el Che Guevara y lo que estaban haciendo los zapatistas en México eran referentes importantísimos.

Si queremos hablar de algunos hitos o de personas que influyeron en mí, recuerdo dos hechos importantes. Uno es el Foro de la Cultura Solidaria, un foro en Villa El Salvador que se organizó durante siete años con artistas, activistas políticos y culturales, etcétera. Era al estilo de los foros sociales mundiales. Participé ahí los tres últimos años; como organizador en 2007, 2008 y 2009. Pero en 2009 no lo pudimos realizar. Mucho de lo que entiendo ahora por la política, por el activismo y por la forma de transformar la sociedad a través del arte lo aprendí en esas experiencias

del Foro, y con mucha gente importante con la que me encontré. Gente fundamental como César Escuza, que es el director del Teatro Vichama, en Villa El Salvador, un teatro de arte comunitario. Aprendí mucho de él y de mis compañeros con los que después formo parte de otros dos colectivos: Paul Flores, activista de la comunidad LGTBI, y Jorge Miyagui, contemporáneo mío y también pintor, con quien comparto espacio en la Brigada Muralista y en el Museo Itinerante Arte por la Memoria.

Llegué a este espacio porque tenía ciertas inquietudes de transformar la realidad desde el arte, al sentir que el circuito oficial de galerías y museos estaba agotado o no daba para más. Y tuve la feliz coincidencia de encontrarme con gente de mi edad o un poco mayor que estaba en las mismas. Allí se va fortaleciendo la idea de que el cambio no lo vamos a lograr si no es a través de la cultura, entendiendo la cultura en el sentido amplio, no como esas cosas raras que hacen los artistas solamente, sino como la matriz, como eso que nos permite decodificar el mundo, relacionarnos con el otro: cómo amar, cómo odiar, cómo pelearnos. Entendiendo que la cultura es todo eso, lo que había que atacar y cambiar era la forma como nos miramos entre nosotros; lo que hay que cambiar es la convivencia entre nosotros. Ahí los artistas o la gente que trabaja con la imagen, los trabajadores culturales, teníamos un rol clave porque la disputa es a través de la imagen. Eso lo comencé a olisquear, lo empecé a comprender en esos años, pero es una idea que nos ha venido acompañando a muchos artistas de mi generación que también son activistas o militantes, y que se ha venido fortaleciendo en estos años.

Otro espacio importante donde me moví en 2007 y 2008 es el movimiento de derechos humanos que, luego de recuperada la democracia —tras la caída de la dictadura de Fujimori y en pleno proceso de la Comisión de la Verdad— tiene un segundo aire, un nuevo momento de crecimiento, cuando salgo de estudiar. Ahí me encuentro con gente que me ayuda a pasar de pensar, de los ideales y los libros, la música y los referentes teóricos, a la acción. Mis primeros años de activismo empiezan ahí, en el movimiento de derechos humanos y es ahí donde tengo mis vínculos más fuertes. Las ideas progresistas, de izquierda, socialistas, con ganas de transformar el mundo, las tengo desde que tenía 15 años, seguramente. Mi pintura lo demuestra. Los temas con los que egresé, con los que trabajé siempre eran de crítica social. Pero el paso al activismo lo ubico en esos años. Tenía entonces 25 años.

Es muy difícil desprenderse de la tarea de hacer memoria, de luchar contra la impunidad, por los derechos humanos cuando, además de los ideales, en la cabeza tienes relaciones de cariño con las personas con quienes compartes una mesa de trabajo o un plantón. O con los familiares de los desaparecidos, que tengo la dicha de que muchos de ellos son amigos. Ahí se fortalece la convicción, el cariño y el respeto.

En esos dos espacios empiezo a conocer gente con la que luego formo esos dos colectivos que son muy importantes en mi vida: la Brigada Muralista y el Museo Itinerante Arte por la Memoria. ¿Por qué? Porque me cambian el paradigma en el sentido de cómo hacer las transformaciones en las que uno tanto piensa o sueña. Para ponerlo en caricatura, quizás a los 16 años pensaba que el mundo lo iba a cambiar yo solito, que la gente iba a ver mis cuadros, las intervenciones que pudiera haber hecho en la calle, y los iba a sensibilizar, los iba a tocar de alguna manera e iban a decir: «Así es la cosa». Conocer estas personas y participar en estos procesos me hace afirmarme, primero, en la idea de que el mundo se puede cambiar, pero con la gente, generando a través del arte procesos colectivos, participativos, en los que mientras se transforma la realidad me transformo yo mismo. Entender así que la transformación, la revolución —o como queramos llamarlo— es un ida y vuelta, es hacia afuera y hacia adentro también.

En esos años también empieza mi militancia política partidaria. Milito en la izquierda desde 2008 exactamente, con un periodo de pausa de dos años, porque renuncié al partido en el que estaba para entrar luego a otro. En esos dos años me dediqué solamente al activismo de los derechos humanos y al cultural. No le tengo asco, como mucha gente de mi generación, a la participación política o a los partidos. Más bien tengo muy en mi memoria cómo esta idea —muy extendida en mi generación— de que los partidos políticos son malos *per se* y la política es mala *per se* es un discurso que se construyó en los años noventa, durante la dictadura de Fujimori. Lo tengo bien claro y por eso no tengo ningún prejuicio, más bien creo que todos deben organizarse.

«SER ARTISTA Y SER MILITANTE
POLÍTICO SON DOS FORMAS DE VIDA
QUE, POR MOMENTOS, ESTÁN
PELEADAS. EL DILEMA ME ASALTA
CADA CIERTO TIEMPO, PERO NO
PODRÍA SOLAMENTE PINTAR CUADROS
O HACER INTERVENCIONES
EN ESPACIOS PÚBLICOS».

Militar no es necesariamente agradable; es complicado, hay mucho de sacrificio, de tiempo que le quitas a otras cosas. Pero hay algo que es lo que veo de diferente en militar: me siento acompañado con mis compañeros, con ese grupo de gente con la que asumimos una agenda de los derechos humanos, de la cultura. Es lo que me hace seguir en esto.

No sé si tengo algo de distinto. Más bien es dar el paso, atreverse a dar el paso. Quizás eso es lo distinto, que en algún momento decidí dar ese paso más que la gente no da, que prefiere quedarse un sábado en su casa, tranquilo. Es cosa de dar el paso la primera vez y luego te das cuenta de que no hay forma más maravillosa de vivir que la militancia política, que el activismo político.

Ser artista y ser militante político son dos formas de vida que, por momentos, están peleadas. El dilema me asalta cada cierto tiempo, pero no podría solamente pintar cuadros o hacer intervenciones en espacios públicos; como no podría solamente militar, no podría hacer solamente arte comunitario. Tengo muy claro que mi vida tiene diferentes dimensiones, pero todas están mirando o apuntando a transformar la sociedad. Para mí no hay diferencia entre lo uno y lo otro, no de objetivos, quizá sí de manera, de formas de atacar el problema, pero el objetivo es el mismo. A veces incluso pienso que estoy haciendo una *performance* cuando milito y que militar es también una forma de trabajo artístico, como mi forma de hacer arte es una forma de militancia porque está bien ligada a cómo entiendo mi participación política..

Tengo dos tipos de trabajo artístico. Uno es el más tradicional, el más fácil de reconocer, que es en mi taller, de artista que pinta solo o que hace intervenciones en la calle o videoarte solo: yo decido qué hago y lo ejecuto como quiero. El otro es el del artista comunitario, que llevo a cabo con esos colectivos que mencioné. Lo que diferencia al arte comunitario del arte participativo es que la comunidad no solamente participa siendo mano de obra sino que tiene un rol protagónico en lo que se va a hacer, cómo se va a hacer y en la ejecución. Por ejemplo, con la Brigada Muralista —colectivo con el que hacemos murales— tenemos una dinámica de un día entero: llegamos a un espacio en una comunidad, articulados previamente con alguna organización territorial, y generamos un proceso de conversación, de discusión para llegar a consensos y plasmar esos consensos en un mural que termina siendo una memoria de un día liberador. En el arte comunitario, como nosotros lo entendemos, se desdibujan los límites entre el artista y el público, entre el proceso y la obra, y entre la galería y la vida cotidiana. Todo sucede en el mismo momento. Somos un colectivo de seis, pero no siempre estamos todos y la cantidad de gente que participa depende de la convocatoria y también del muro. La mayoría de las veces son entre quince y veinte personas; por lo general, jóvenes, adolescentes, niños.

No soy el típico militante o activista que habla mucho, que le gusta hablar mucho. Soy esencialmente tímido, no me da como para salir a hablar mucho. Pero en el microcosmos de ese espacio extraño del mural y el trabajo comunitario, desde lo cultural, en ese contexto sí hablo. Y bastante, diría yo.

Esa es la manera en la que descubrí, aliado con estas personas, que podíamos cambiar el mundo a través del arte: generando procesos de reflexión, de construcción de ciudadanía, de promoción de derechos, en trabajos colectivos, horizontales —no verticales, unidireccionales—, siempre de ida y vuelta. Con esa experiencia entro a militar en los espacios en los que estoy.

En los partidos o frentes en los que he estado, siempre he ido al comité de cultura, que no se dedica necesariamente a hacer banderolas o a cantar al final del mitin, sino que tratamos de que la militancia política incorpore los saberes y las prácticas artísticas, generando procesos abiertos, comunitarios. Por eso el dilema entre arte y política lo he podido salvar de alguna manera.

Mi pintura de caballete, de taller, termina siendo un espacio de reflexión. Luego de todo eso que proceso en la vida diaria, mis exposiciones individuales o los cuadros son un espacio que necesito para sistematizar, pensar e incluso abrir nuevas preguntas ligadas a todo lo anterior.

«ESTE PROYECTO DE
INDIVIDUALISMO EXACERBADO
—CUYO SENTIDO COMÚN ESTÁ
DESLIGADO DE LA COMUNIDAD,
SIN MEMORIA, SIN IDENTIDAD—
ES EL QUE VA A ESTAR EN FRANCO
ATAQUE CONTRA LA COMISIÓN
DE LA VERDAD».

Cuando era chico —ocho, nueve, diez años— era fanático del imperio incaico. Me había creído la historia del colegio de que éramos una gran nación, que alguna vez fuimos un imperio poderoso. Y, como me gustaba dibujar —que es otra de las cosas que he hecho siempre—, dibujaba incas. Estaba como fanatizado por el imperio del Tahuantinsuyo. Luego, de adolescente empecé a leer historia —además mi papá lee mucha historia y en la casa tenía libros para agarrar y ya está—, leía mucho de historia del Perú, especialmente del Tahuantinsuyo. María Rostorowski era una autora

que leía bastante. Un poco más grande —en la universidad, especialmente— mi intención al leer historia fue saber qué pasó, para comprender el lugar donde vivo. La historia luego me lleva a la memoria.

Recuerdo haber sido muy chico —seguramente doce años o algo así— cuando vi la película de Francisco Lombardi «La boca del lobo», que es una ficción de la masacre de Socos. Y, siendo muy chico, comprendí que en la sierra se estaba matando gente inocente, indiscriminadamente. Esa sensación me acompañó siempre. Después, para mí es un hecho fundamental, en mi vida y en mi trabajo, la Comisión de la Verdad: más que la entrega del informe final, el proceso que se abrió durante la investigación de la Comisión. Recuerdo las audiencias públicas, donde las personas daban su testimonio y que se pasaban en señal abierta en Canal 7, en Canal N. Esos testimonios, por un lado, y por otro la satanización hacia el proceso de la Comisión de la Verdad, de parte de los medios de comunicación de derecha, me marcaron en relación al tema que tenía que escoger. Fue una elección. No tengo ningún familiar o amigo cercano que haya sido víctima de la guerra sucia.

Creo que la Comisión de la Verdad fue una anomalía en el proceso de los últimos treinta años, que existió gracias al momento particular que vivíamos: había caído la dictadura y se constituyó un gobierno de transición que abrió una ventana democrática que permitió muchas cosas. La Comisión se estrella con el proyecto neoliberal que se venía construyendo diez años atrás y que aquí, como en otras partes de Latinoamérica, se implementó por medio de una dictadura. Este proyecto de individualismo exacerbado —cuyo sentido común está desligado de la comunidad, sin memoria, sin identidad— es el que va a estar en franco ataque contra la Comisión de la Verdad y lo que esta representa para entendernos como nación, para comprender el presente, para ver hacia dónde vamos y cómo vamos. El proyecto de la Comisión de la Verdad estaba destinado a chocarse con el proyecto fujimorista, neoliberal, que venía fortalecido desde los años noventa. La Comisión de la Verdad y lo que proponía para el país no estaba contemplado en ese proyecto; por eso tenían que bajárselo, como sea. Y eso es lo que ha pasado.

El desaliento implicaría pensar que en algún momento hemos estado mejor. No tengo esa sensación ni siquiera ahora, con Trump, que es más franco que Bush, pero no sé si necesariamente es peor. Entonces, el desaliento por las cosas que pasan en el mundo no me viene tanto, porque no creo que hayamos estado mejor alguna vez. Por otro lado, creo que no hay que concentrarse en lo malo, porque ahí sí una sola cosa nos puede tirar abajo. Hay que tener en cuenta lo que está pasando, pero también ver las cosas positivas, las cosas buenas. Por ejemplo, en el proceso de violencia política que vivimos en el Perú, el conflicto armado, una sola masacre ya es desalentadora, pero al costado de esa masacre están las mamás de la

Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados, Detenidos y Desaparecido del Perú – ANFASEP: 36 años buscando a sus hijos, luchando por justicia, por los derechos humanos.

Creo que era Rosa Luxemburgo la que decía que si uno no se mueve no siente las cadenas. Y es verdad. Pero si no te mueves tampoco sientes el cariño de la gente, no sientes el amor. Por eso creo que hacer activismo artístico, político, puede ser muy frustrante, como arar en el mar, pero también te recarga de energía: tienes una red de cariño, conoces gente que está en las mismas que tú, que es mucho mayor que tú, tiene muchísimos años luchando y no se cansa; eso es revitalizador. Pero a veces asaltan las dudas. El año pasado hice una instalación en la que escribí los nombres de los desaparecidos, sobre las paredes de la galería del Centro Cultural de Bellas Artes, haciendo una metáfora con el cuarto del rescate de Atahualpa. Cuando estaba reflexionando sobre el sentido de la acción, tenía muy presente la idea de arar en el mar. Era escribir los quince mil nombres y, si bien están ahí, llega un momento en el que ya no se ven y parece que estoy escribiendo nada. Eso tenía que ver con dudas que tenía sobre el activismo, la militancia, hacer memoria en el Perú. Pero seguí arando hasta que terminé de completar todos los nombres en dos semanas, trabajando como en horario de oficina, ocho horas, de nueve de la mañana a cinco o seis de la tarde y descansando cada veinte minutos, para no lesionarme la mano. Pero es que no podría dejar de hacerlo, no hay otra forma de vivir: cómo haces para vivir igual, sabiendo todo lo que pasa sin hacer nada.

Soy consciente de que el arte en el Perú, el consumo del arte, es profundamente elitista. La galería de Bellas Artes está en el centro de Lima, es gratuita y está abierta; abre los domingos y va muchísima gente de muchas partes de Lima; es una de las galerías más visitadas del centro. Hicimos seis visitas guiadas para que la gente comprenda o discutamos juntos de lo que iba la instalación y del problema de los desaparecidos en el Perú. Se presentó cuatro películas, proyectadas sobre las paredes de la galería y se hizo una inauguración y una clausura con una *performance*. Traté de mover lo más que pude la muestra, para que fuera lo más convocante posible, para tratar de sentir que llegó a la mayor cantidad de gente. No sé si esto valió la pena. Siento que sí. En el Perú, cualquier esfuerzo que tenga que ver con la memoria vale la pena. Porque tenemos, del otro lado, una campaña de amnesia tan fuerte que el trabajo de hormiga funciona. Es la hipótesis que tenemos en Arte por la Memoria, el otro colectivo, en el que hacemos un trabajo de hormiga. Tenemos claro que no vamos a tener nunca el impacto de los medios de comunicación, pero, poquito a poquito, cavando de a pocos, es nuestra manera de atacar el problema con lo que tenemos a mano.

«EL PERÚ ME HA ENSEÑADO
QUE HAY QUE ATREVERSE
A VOLTEAR EL CEREBRO AL REVÉS,
DESAPRENDER LAS COSAS
QUE SABEMOS HACER PARA
ENCONTRAR OTROS CAMINOS».

¿Qué he aprendido sobre el país en estos diez años? Que es más complejo de lo que pensaba; que a veces hay que atreverse a desaprender varias cosas, a pensar las cosas de otra manera. Viajar —porque con Arte por la Memoria hemos podido viajar a algunas partes del Perú: Cusco, Puno, Ayacucho, Huancavelica— enseña eso: el Perú me ha enseñado que hay que atreverse a voltear el cerebro al revés, desaprender las cosas que sabemos hacer para encontrar otros caminos.

Pampachacra es una comunidad que está a quince minutos de Huanta, en Ayacucho; es una comunidad de ronderos afectada por la violencia. Por un evento que hubo en el IEP, los de Arte por la Memoria conocimos a uno de sus dirigentes, Freddy, que nos contó que estaba haciendo un lugar de memoria con un museo. Freddy había hecho su propia comisión de la verdad en Pampachacra; él llevaba algo así como el libro de la memoria de Pampachacra, una mezcla entre libro notarial y álbum de fotos, donde registró todos los casos de violaciones a los derechos humanos que hubo en su comunidad durante el conflicto armado. Pero como no es un parte policial, no es un documento formal, incluye datos no solamente de cuántos años tenía, cuándo desapareció y en qué circunstancias, sino qué hobby tenía y la foto que ponen no es la típica foto de la Comisión de la Verdad —o de otros registros, como el DNI— sino que es una foto del desaparecido en una reunión familiar o jugando fútbol, con una dimensión cotidiana familiar. El libro está escrito a mano, pero también tiene sellos que lo certifican. Es un documento visualmente bien bonito. Querían darle hogar a ese libro y ellos, como son una comunidad afectada por la violencia, tenían derecho a reparaciones y pidieron un museo. Pero aquí la comunidad no puede decidir qué hacer con la reparación; hay un listado de cosas a las cuales puede acceder como reparación: posta médica, carretera, albergue, cancha de fútbol. Los funcionarios les dijeron que un museo, no; tenía que ser uno de la lista. Entonces dijeron «albergue», pero lo usan como museo. Destruyeron la casa hacienda para hacer el albergue con ese material. Nos pasaron la voz a nosotros para ver cómo podíamos ayudarlos con el museo y cuando fuimos hicimos un proceso participativo, como el que hacemos

con la Brigada Muralista —intercambio de preguntas e ideas— y la comunidad dijo que quería tres murales: antes, durante y después de la violencia política. Nos pusimos a construir las imágenes y, como parte de la tarea de conceptualización, buscábamos palabras clave y, en el último mural, en el que era después de la violencia, pregunté a los jóvenes y algunas señoras que habían ido, con qué palabra podríamos resumir la idea de esta imagen. Todavía no teníamos la imagen y estábamos buscando una palabra que fuera como un norte. Como estaban medio tímidos, les dije: «Quizás puede ser ‘esperanza’» y toda la asamblea dijo: «No, cómo va a ser esperanza, la palabra tiene que ser ‘triunfamos’», porque ellos se veían a sí mismos como triunfadores porque lo que tenían ahí, la paz que tenían, que les permitía estar conversando conmigo, la habían construido ellos; se sentían protagonistas del momento que vivían hoy. Eso fue algo que me volteó la cabeza. Uno anda trabajando, muy comprometidamente, seguramente en muy buena onda, pero con nociones preestablecidas —que son las propias— de lo que es la memoria o de lo que debe ser hacer memoria en el Perú. Son esas pequeñas historias que te hacen mirar para otro lado.

Sobre mí he aprendido que soy más anarco de lo que pensaba. Militar me cuesta un poco, y eso que milito en la forma en la que mis compañeros y yo creemos que debemos militar: desde las artes, desde el activismo cultural, no desde las clásicas formas rígidas de militar de los años setenta y ochenta. Sí, he aprendido que soy más anarquista de lo que pensaba, que mis fortalezas están en la gente que me rodea, más que en mí, como pensaba ese chibolo que quería cambiar el mundo solo. Hago lo que hago porque lo hago con un grupo de gente, con mis compañeros del Museo Itinerante, de la Brigada, del Comité de Cultura. Creo que eso es algo que he aprendido: trabajar colectivamente. En las escuelas de arte nos forman para ser individualidades geniales, nosotros con la inspiración de Dios y en la soledad del taller vamos a encontrar la iluminación. He aprendido, trabajando en mis colectivos y en mi militancia, que por el contrario la riqueza y lo maravilloso de la vida está en el trabajo interdisciplinario, horizontal, con otra persona que viene de otros aprendizajes, de otras experiencias. Eso es algo importante que aprendí hace ya varios años.

Puedo identificar dos ámbitos en los que tengo comunicación o relación con otros jóvenes. Uno es, inevitablemente, las redes sociales de internet —Facebook, Instagram— que creo que son un canal valioso, pero también limitado. Trato de tener un Facebook más o menos fluido, donde pueda no solamente colgar imágenes sino también explicar alguna idea, algún sentir. El otro ámbito es el trabajo que tenemos con mis compañeros en los barrios, donde pintamos, hacemos activismo cultural, participamos de alguna movida en apoyo a alguna otra organización barrial, cultural de Lima. Eso me ha permitido conocer mucha gente y moverme por espacios de la ciudad a los que no hubiera ido nunca. La ciudad de Lima se me ha revelado

por el activismo cultural que tengo. Espacios tan distintos como El Pedregal Alto de Jicamarca —que es uno de los lugares con mayor extrema pobreza en los que he estado—, o algún colegio en Ñaña o en Cieneguilla, que parece casi una provincia en Lima. Ahí he tenido mucho contacto más natural, más de conversación, más de juego, en el contexto de las dinámicas artísticas o del mural.

Cuando era adolescente, tenía que matar al padre, todo había que volverlo a hacer de nuevo porque nada estaba bien. Pero luego no, uno va comprendiendo varias cosas y va reconociendo saberes, experiencias, aprendizajes que uno no tiene. Tampoco voy a decir que puede haber una reconciliación, pero uno entiende que también tiene que seguir su camino. Es algo así como continuidad y ruptura, reconocer que uno viene de algo, pero tiene que seguir su propio camino.

La utopía, con nombre y apellido, no la tengo. Alguna vez hablábamos de horizontes de sentido, más que de una utopía. Pero sí me imagino otro país en el que podríamos vivir. Básicamente es un país sin desigualdad social, donde nadie se muera porque no tiene dinero. Por ahí empezaría todo lo demás. Un país sin desigualdad social, sin racismo, sin diferencias de ninguna clase. Comenzamos en Latinoamérica y seguimos en el mundo. Países sin fronteras, sin personas ilegales. Que podamos entendernos como ciudadanos del mundo. Es una idea que siempre me ha rondado la cabeza. Esa es mi utopía.